Ediciones CRe

TRÍPTICO GÓTICO

Francisco José Amparán

TRÍPTICO GÓTICO

Tríptico gótico, publicado por Ediciones Cuaderno rojo estelar
Jornadas de detectives y astronautas
www.joserraortiz.com

Joserra Ortiz
Director y diseñador de las Jornadas de detectives y astronautas
Codirector del Cuaderno rojo estelar

Rodrigo Pámanes
Consejero de las Jornadas de detectives y astronautas
Codirector del Cuaderno rojo estelar

Cuidado de la edición:
Adriana Alatorre
Diseñadora editorial de las Jornadas de detectives y astronauta

Todos derechos de esta obra son de © Francisco José Amparán y sus herederos.
Agradecemos a su viuda las facilidades otorgadas para la reproducción de este libro.
Prohibida su venta bajo cualquier circunstancia.
Tríptico gótico de Francisco José Amparán por Ediciones Cuaderno Rojo Estelar se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported

Francisco José Amparán

TRÍPTICO GÓTICO

Ediciones CRe

GÓTICO FINIANUAL

Para quienes estuvieron,
presentes y ausentes,
aquella noche.

JÁQUEZ IBA A INSISTIR LUEGO QUE LA IDEA HABÍA sido suya. Pero lo mismo hizo Muñeca. A fin de cuentas, ninguno de los dos pasó el fin de año en una suite del mejor hotel de Torreón. Uno, porque los imponderables de su trabajo lo retuvieron días extras en Monterrey; la otra, porque el crío tuvo la extraña idea de llegar al mundo dos semanas antes de tiempo, y en lugar de champaña ella tuvo que conformarse con suero intravenoso para festejar el nuevo año.

Lo cierto es que el grupo decidió recibir 1997 con bombo y platillos. Basta de fiestas en casas, con el inevitable saldo de sillones manchados y odios sarracenos por el fastidio de levantar los destrozos al día siguiente. Basta de chafear con sidra española y globos pendiendo de cordones. Había que festejar a todo tren el haber sorteado un par de años de crisis económica, y hacerlo con estilo tendría que ser una especie de exorcismo contra los demonios de la mala pata y los contratiempos que, acechando desde todos lados, parecían esperar el momento oportuno para saltar sobre los desdichados

que habían tenido el karma de nacer en el México de fines del siglo xx.

La originalidad tiene sus ventajas. Cuando Eva llamó para indagar disposición y precios, se halló con que había tres suites vacías, y hasta consiguió un buen descuento, concedido por razones ignotas gracias al administrador del hotel. Pese a tal generosidad, Eva insistió en ver el sitio antes de cerrar el trato. Así que el 30 por la tarde arrastró a Xavier para efectuar una revisión ocular a fondo, no fuera a ser que luego les salieran con domingo siete. Xavier accedió a regañadientes: andar de inspector de SecTur no le hacía ninguna risa. Aunque su mal genio se suavizó cuando una edecán coquetona les condujo al elevador, les guió hasta el último piso del edificio, y abrió las puertas de la Suite «Anáhuac» del Hotel Plaza Torreón.

Eva quedó encantada. La suite contenía dos recámaras grandes, una en cada extremo; una estancia—comedor amplísima («Mira, aquí vamos a poder bailar»); y una cocineta. El baño de la recámara principal tenía jacuzzi. Xavier checó la vista desde los amplios ventanales, y dictaminó que era bastante buena: hasta bonita se veía la ciudad. Sin embargo, y nada más por no dejar, recordó algo: ¿qué no había terraza? Desde la calle parecía notarse una explanada con pérgolas o algo así mero arriba del hotel, dando a ese lado. La edecán le dijo que así era, pero que la terraza correspondía a la suite presidencial vecina, la «México». Y ésa estaba ocupada por una anciana que la rentaba por mes desde hacía un tiempo. Aquello atrajo la curiosidad de Eva.

—¿Ahí vive la señora?

—Sí —respondió la edecán con paciencia—. Doña Carmina tiene ya unos seis meses con nosotros.

—Ha de ser muy rica —insistió Eva. —Sí, lo es. —¿Y

por qué vive aquí? Xavier, que conocía hasta dónde podía llegar su mujer, intervino: —Eso no te importa. Muchas gracias, señorita.

La suite está bien. ¿Podemos ir a pagar el anticipo? Ya en el pasillo, Eva no pudo evitar una última pregunta: —¿Ésa es la suite de la viejita? —señaló la puerta en que culminaba el pasillo. —Sí —respondió Xavier, apresurándola y mirando a la edecán, pidiendo comprensión—. Dijo que era nuestra vecina. Y mira el letrero: «Suite México». Ándale.

—Uh, si nomás es curiosidad.

El resto de la tarde se fue en telefonazos de uno a otro lado, ajustando las cuentas y planes según los agregados y cancelaciones de último minuto. Jáquez seguía manteniendo las esperanzas de llegar al día siguiente. Esa tarde, Muñeca no daba visos de convertirse en madre de manera inminente. Pero el resto del grupo crecía y menguaba de acuerdo a nuevos planes familiares, preferencias individuales o simple chocantería. De la misma forma variaron los encargos de bebidas, viandas, música y aparato en el cuál tocarla, que resultó ser una grabadora-CD de Rosalía.

Se acordó que, por mera logística, Eva y Xavier pagaran la suite y se llevaran algunos bocadillos desde temprano. El resto de la gente iría cayendo más tarde, tras cumplir los compromisos con la Tía Fidelia y el hermano que regresaba a casa por primera vez en dos años, tras la debacle de su empresa por el descenso en las ventas, aunque se habían cansado de advertirle sobre el espejismo del TLC.

Eva y Xavier llegaron a las siete de la noche del 31, cargados con bastimentos de boca y guerra, y pagaron la suite. Si los vieron raro por arribar como turistas mazatlecos, hasta con una eminente caja de galletas Ritz,

no hicieron mucho caso. Subieron a la suite como viejos conocedores del ambiente.

Al salir del elevador, se toparon en el pasillo con una pequeña comitiva: una mujer, cubierta de cobijas, era empujada en una silla de ruedas por dos hombres corpulentos y de andar pesado; una cara llena de arrugas, con ojos apagados como aceitunas negras como todo rasgo distintivo, apenas era perceptible entre las ropas. Atrás de ellos los seguía un joven delgado y pálido, que se movía con nerviosismo, contrastando con la lentitud de elevador y esperaron a que Eva y Xavier desembarcaran las bolsas de comida. Xavier dio las buenas tardes y batalló un poco para abrir la puerta de la suite. Eva no observaba sus evoluciones: tenía la vista clavada en el ascensor, cuyas puertas ya se habían cerrado.

—¿Te fijaste? ¡Qué extraño!

—¿En qué? —Xavier al fin pudo trasponer la entrada; dejó las bolsas en la mesa del comedor.

—Era la viejita millonaria —respondió Eva casi emocionada, tomando posiciones en la cocineta para iniciar la preparación de los platos de carnes frías.

—¿Y eso qué tiene de extraño? —Xavier empezó a tasajear las rebanadas de jamón serrano—. Ya nos habían dicho que aquí vive.

—Pero, ¿no viste qué... siniestros —Eva se mostró satisfecha por haber encontrado aquel adjetivo— estaban los acompañantes?

—No más siniestros que estos espárragos. ¿Checaste la fecha de caducidad?

—Para mí que el flaco era un sobrino que quiere la herencia. Y sus guaruras.

Xavier alzó la vista al cielo, pidiendo clemencia.

—¿De dónde sacas esas ideas? ¡Deja a esa gente en paz y ayúdame a rebanar el pan!

—Yo nada más digo que estaban sospechosos.

Después de arreglar los entremeses y poner a enfriar las botellas (que resultaron de vino blanco espumoso nacional, porque no hubo para más) se dieron un baño en el jacuzzi. Eva estaba fascinada; Xavier no tanto, haciendo notar que la tina estaba hecha, evidentemente, para gente de 1.50 de estatura. Lo que no le impidió intentar un apareamiento subacuático. Eva rechazó el embate, temiendo un resbalón con desnucada al calce, y que se les fuera a hacer tarde («¿Y si llegan los demás y nos hallan cogiendo?» «¡Apenas son las ocho y media!» «Pero ¿y lo que me tardo en arreglarme?»). Quedó establecida la promesa de empezar el año con un rito pagano de fertilidad.

Apreciación justa. Para aguantar los minuciosos preparativos de su cónyuge, Xavier se echó en ropa interior a ver la televisión. Pensaban quedarse á pasar la noche y, plan con maña, ya habían machinado la recámara principal. Luego de más de una hora, procedió a vestirse con un pantalón de buen corte, camisa de otro tono y el saco blanco de lino que le había envidiado a Rick desde la primera vez que vio «Casablanca», el cuál por fin le había regalado Eva en su cumpleaños. No que le quedara tan bien como a Bogart, pero ¿quién se fija en esas cosas en pleno Bolsón de Mapimí?

—Nada más nos falta Sam al piano —dijo, observándose en el espejo.

—¿Y ése de quién es amigo? —a su lado, Eva se arreglaba las pestañas.

Los primeros «invitados» (que no eran tales: todo mundo iba a pagar lo mismo, la suite «Anáhuac» no era de nadie, pero en fin), Amoldo y Rosalía, llegaron por ahí de las diez y cacho, dándoles la noticia del inoportuno parto de Muñeca, esa tarde. Rápidamente se organizó

una Comisión Telefónica de Felicitación, que gastó los siguientes quince minutos en sentenciar a Muñeca por su inaudito sentido de la oportunidad.

Todavía estaban en eso cuando sonó el timbre: Lucía y Leticia llegaron con un menjurje que aseguraron era vino tinto chileno en garrafa, y una caja de apariencia sospechosa. Poco después, Ángel y Cristina hicieron su arribo con un tambache de CDs de música tropical, lo que provocó una airada protesta de Amoldo, quien se había adjudicado el papel de marido de Euterpe y traído lo suyo... en todos los sentidos. Como al cuarto para las doce llegaron Mario y Rosy, lo que fue motivo de sorpresa: nunca estaban a tiempo a ningún lado. Para entonces ya algunos traían varios tragos entre pecho y espalda, y el ambiente podía considerarse como ameno, borrascoso y confuso, en ese orden. Cristina había llevado las consabidas uvas, que fueron separadas en racimos por docenas, al tiempo que se decantaba el vino blanco espumoso en (eso sí) unas copas muy lucidoras, cortesía de Leticia. Amoldo se arrogó el derecho de determinar cuándo empezaba el nuevo año y nadie discutió, básicamente porque el llegar a un acuerdo podía consumir mucho más tiempo que los minutos restantes. A fin de cuentas, con ese reloj en particular (y los balazos, fuegos artificiales y gritos que empezaron a oírse, como en sordina, allá afuera), se declaró fenecido el año de 1996.

Los abrazos tardaron un buen rato en apaciguarse. Amoldo se hizo cargo de la grabadora-CD, y les asestó una especie de marcha que fue protestada ruidosamente. Por fin, Rosalía impuso orden con una tonada bailable. Dio principio un bailongo movido, con las copas en la mano y la luminosa certeza de que nadie iba a protestar por las manchas en la alfombra. De pronto Eva, enrachada, tuvo una idea:

—¿Por qué no vamos a felicitar a nuestra vecina?

—¿Cuál vecina? —se inquietó Lucía?—. ¿Tenemos vecina? —y luego su eterno complejo de culpa—. ¿No estaremos haciendo mucho ruido?

—Fíjate que en la suite de al lado hay una viejita riquísima, que aquí vive... y tiene unos acompañantes sencillamente si-nies-tros —Eva se regodeó con la palabra recién descubierta.

—Eva, no empieces —reconvino Xavier. Pero nadie le hizo caso.

— A ver, a ver, cuenta —Leticia tomó asiento para poder chismear más a gusto.

Y sin que Xavier lo pudiera impedir, Eva hizo una descripción de periódico amarillista sobre lo que plausiblemente ocurría en la otra suite. Al ver tan animada a Eva, en la sala se fue formando una especie de mesa redonda donde se discutía la vida y obra de doña Carmina (Eva recordó el nombre, para exasperación de Xavier). Sólo Mario y Rosy, parados junto a la barra de la cocineta, se hicieron los desentendidos.

En poco tiempo, la discusión se volvió un concurso de quién daba la versión más descabellada. —Es la mamá de un narco, y la quieren proteger de sus enemigos. —Es una contrabandista griega que anda huyendo de la justicia. —Es una exnazi ocultándose de Simón Wisenthal. —Ése ya se murió —acotó Amoldo. —Bueno, entonces de Spielberg, para no aparecer en la secuela de «La Lista de Schindler» —Ángel no se arredró.

—¿Van a hacer una secuela? —preguntó Cristina con inocencia—. Ay, a mí la primera me deprimió...

—El sobrino quiere quedarse con la herencia y está planeando matarla, con la ayuda de sus gorilas

—Eva se aferró a su versión original. —¿Pueden dejar a esa gente en paz, por el amor de Dios? —dijo Xavier con

lengua estropajosa. —¿Tú por qué los defiendes?—Ángel fijó su mirada turbia en su interlocutor. —No defiendo a nadie... ¡Total! Nada más no se les vaya ocurrir ir a tocarles a estas horas de la madrugada.

Por supuesto, Xavier se dio cuenta en ese momento del error que había cometido. Ángel y Cristina empezaron a incorporarse. Xavier adivinó sus intenciones, y conociendo a su gente, buscó desesperadamente un distractor. Un vistazo a los ventanales le dio una salvadora excusa.

—¡Miren nada más qué luna!

Y en efecto: la vista desde ahí, por encima de la ciudad, era magnífica, con una luna en menguante que apenas dejaba ver una concavidad hacia abajo, rojo sangre. El grupo (excepto Mario y Rosy, quienes seguían discutiendo sus cosas en la barra) se congregó en las ventanas.

—¡De veras qué preciosa luna! —dijo Leticia. —¡Está de pelos! —remató Lucía. —Si se fijan —Amoldo se puso didáctico— es una especie de copa, que espera ser llenada. ¡Es un buen augurio! Este año vamos a tener la copa llena. —Pues la mía está a medias —dijo Xavier molesto, observándola como si tuviera insectos. —Ya dejen eso y vamos a bailar otra vez— Rosalía ya estaba empujando un CD en la grabadora. Y reinició el sarao, que sólo se interrumpía para escanciar bebidas de diverso linaje y acabar con los embutidos y quesos que, de manera milagrosa, no habían abandonado sus lugares encima de las charolas. Luego de mover el esqueleto un rato, Amoldo insistió en salir a la cornisa para poder apreciar mejor el paisaje nocturno. Xavier hizo un leve intento por detenerlo, considerando que la caída, en caso de producirse, sería mortal por necesidad. Pero al darle una segunda vuelta a esta

idea, decidió que se hallaba demasiado bebido para hacerle al buen samaritano. Sentado en el piso junto al aparato, se puso a platicar de música con Rosalía, en tanto Amoldo y Leticia abrían una de las ventanas (no sin evidente esfuerzo) y se acomodaban en la cornisa, dejando colgar las piernas en el vacío. Los demás bailaban o conversaban de naderías en la sala.

—Se van a caer —dijo Xavier.

—No te preocupes —replicó Rosalía—. Tienen muy buen sentido del equilibrio.

—Yo ya no. Pero qué tal Eva —Xavier veía a su esposa revoloteando unas sevillanas en medio de la estancia.

Transcurrida una hora, Leticia decidió que estaba refrescando demasiado, y regresó al interior de la suite. Amoldo se quedó en la cornisa contemplando la ciudad, parpadeante pero extrañamente silenciosa.

—¿Cómo lo dejaste? —preguntó Rosalía.

—Bien, está mas o menos despejado. Nosotros ya nos vamos. Me dio frío...Uf, hay que recoger las copas.

Mario y Rosy aprovecharon la coyuntura para despedirse también; después de todo no parecían haberse divertido mucho. Cristina batalló para convencer a Ángel, quien deseaba, por motivos desconocidos, bailar algo ruso o ucraniano. Finalmente Eva se desplomó junto a su marido, quien se hallaba más o menos sobrio gracias a un buen rato a punto de aguas minerales. Rosalía continuó poniendo un CD tras CD. Xavier echó vistazo a su reloj.

—Yo creo que es hora de irnos a la cama. El cuarto de aquel lado está a disposición de la clientela.

Rosalía volteó a la ventana.

—Si quieres yo voy por él —se ofreció Xavier.

—No te apures. Yo me encargo —suspiró—. Es a veces tan difícil.

Como para desmentirla, Amoldo se incorporó en cuanto Rosalía le llamó. Parecía lúcido, aunque el traje estaba manchado con los detritus secos de las palomas que, por simple tradición, hacían de aquel lugar su sitio predilecto para excretar.

Al dirigirse a su cuarto, Amoldo alcanzó a decir:

—Se oían gemidos.

—¿Que qué?

—Que se oían gemidos. En el cuarto de al lado.

—Han de haber estado fornicando... lo que me recuerda... —Eva y Xavier se retiraron a la recámara máster para cumplir con el ritual prometido.

A la mañana siguiente, Xavier despertó con un obtuso dolor de cabeza y la desconcertante noción de no saber dónde se encontraba. Eva yacía a su lado, desnuda. Como en un relámpago, recordó (casi toda) la noche anterior, y sonrió. El problema es que ello hizo entrar aire a la boca, lo que acentuó la aridez sahariana que allí se cargaba. Tras enrollarse una toalla en la cintura, decidió ir a la cocineta a buscar un agua mineral. Las cortinas de las ventanas estaban corridas («el maniático de Amodo»), y la suite se hallaba en penumbras. Por ello no pudo distinguir si (como suponía) ya había amanecido. Sin embargo decidió no prender la luz, por aquello de la cruda. Cuando estaba a la altura de la puerta de entrada a la suite, un ruido sordo, como de algo pesado cayendo, se escuchó en el corredor, del otro lado. Se acercó a la puerta, callado, curioso. Y entonces pudo escuchar, apagada por la distancia y la puerta y un esfuerzo consciente, la voz que, estaba seguro, correspondía a un joven delgado y pálido, hablándole a hombres más fuertes que él:

—No la dejen caer, imbéciles.

GÓTICO PARRENSE

—¿Qué dijiste? —pregunta Rebeca, alzando la voz encima del ruido producido por la ducha.

—No, nada —contesta Javier—. Nada de importancia.

La última frase coincide con el cierre de la llave del agua. Desde el baño, Rebeca continúa:

—¿Nada de importancia? ¡Seguro que ya estabas mascullando algo! ¿Ahora qué te pasa? Javier enciende un cigarro y busca con la mirada un cenicero. Lo encuentra en el buró situado a la derecha de la cabecera. Exhala dos anillos de humo y suspira:

—Decía que salir en una noche como ésta no me parece tan buena idea —finalmente alza la voz—.

¡Después de todo, venimos a Parras a descansar!

—Ay sí, tú —dice Rebeca, apareciendo cubierta por una toalla del hotel, en tanto con otra se restrega afanosamente la brillante, húmeda cabellera—. Tú siempre tan aguado. ¡Va a ser muy divertido!

—No sé qué le encuentras de divertido a andar cazando fantasmas con el frío que hace aquí. ¡Y con ésos!

—Ah, ya salió el peine —respinga ella, mientras se

pasa uno por los largos cabellos, ensortijados más de lo común por la humedad—. Lo que pasa es que mis amigos siempre te caen gordos.

—No empecemos, Rebeca. Tú sabes que eso no es cierto. Simplemente Ernesto y Lola no son... digamos... de mi onda.

—¡Y cuál es tu onda! —replica Rebeca, dejando caer la toalla y revelando un cuerpo lustroso, resbalable, perfecto. Hace por un breve calzón que reposa en la cama, se lo enfunda y continúa—: ¿Estarte echado viendo el fútbol en la tele? ¿Tomarte tres cubas mirando los árboles? ¡Lo bueno fue que Lola y Neto llegaron justo a tiempo! ¡Si no, la aburridota que me hubiera puesto!

Fue como tantas otras veces: Rebeca quería salir del mundanal ruido y propuso y dispuso un viaje relámpago a Parras «para descansar». Javier, quien con muchas dificultades había conseguido una platea para el Santos-América, se negó. Hubo un breve altercado en el que, como siempre, Rebeca resultó triunfadora: «¿Quieres arruinarme otro fin de semana para ir a ver a esos maletas? ¿No conoces otra cosa que ese deporte de patanes? En mi escuela, por lo menos, jugaban otros menos populacheros». Así que, resignado, Javier le cedió su platea a un amigo, y manejó los 140 kilómetros que separan a Parras, ciudad colonial, oasis en el desierto, de la contemporánea y terrosa Torreón. Llegaron al empezar la tarde. Se instalaron en el moderno hotel campestre que, a las afueras de la población, con campo de golf y enormes extensiones de monte agreste, invita a los visitantes al simple dolce fare niente. Sin embargo, cuando Javier se disponía a hacer precisamente eso —nada—, y reposaba en las mullidas butacas de la terraza que dan a la —en ese momento— vacía alberca, cuba en

mano, Rebeca apareció con un empleado del hotel y un par de equinos notoriamente aburridos.

—Anda, vamos a andar a caballo —había dicho—. ¿No me digas que te la vas a pasar echado, pisteando?

—Pero Becky, yo no sé...

—Pues vas a aprender. ¡Si andar a caballo es lo máximo! Y es tan elegante. Fíjate cómo uno siempre se ve mejor a caballo. En control. Haciendo que la bestia responda a las órdenes —y dirigiéndose al palafrenero, que escuchaba el diálogo con sorna mal contenida—: ¡Ayúdelo a montar! ¡Y luego nos da una vuelta por los alrededores!

Y así lo habían hecho. Luego de regresar molido al hotel, se había sentado en la misma butaca de la terraza, escudado del aire frío por las mamparas de cristal que el personal había instalado en su ausencia, y por el suave deslizarse del ron en su garganta. Rebeca se había ido «a dar una manita de gato, no vaya a ser que nos encontremos a alguien conocido, y luego una anda en estas fachas».

Mientras saboreaba su segunda cuba, simplemente viendo primero cómo crecían las sombras de los antiquísimos árboles que rodean el área de esparcimiento para niños, y luego un estupendo anochecer del desierto —áureo, espectacular, breve— apareció Rebeca, ahora con una pareja. A Javier le parecieron conocidos, aunque sus capacidades como fisonomista no daban para mucho. Rebeca le recordó que eran Ernesto y Dolores, a quienes habían conocido en aquel coctel de inauguración de la galería hacía un año. Ni así. De lo único que se acordaba era que el vino blanco había estado medio pasado. La pareja era más o menos de su edad. Lola tenía la apariencia de las mujeres que al llegar a los treinta

empiezan a echar kilos sin podérselos quitar nunca. Ernesto en cambio lucía un cuerpo atlético. Alto, moreno claro, su aspecto delataba su dedicación sistemática a algún deporte; y su paso, el de estar acostumbrado a ser obedecido. Un empresario próspero y seguro de sí mismo.

En Lola —como ella insistía en ser llamada— Javier reconoció que Rebeca había hallado un alma gemela. Rápidamente tomaron asiento, y empezaron a hablar de cine, pintura, y las últimas tendencias psicoanalíticas. Ernesto apenas abría la boca para sorber de su jaibol. Parecía tan resignado como Javier a que las mujeres llevaran la conversación. Intercambiaron cumplidos y generales sobre sus respectivos trabajos, la malignidad de Hacienda y otros asuntos menores. Luego se sumieron en la contemplación y deleite de sus bebidas.

A la media hora de estar charlando, y en una rara pausa, Rebeca les espetó:

—¿Y ustedes? ¿Por qué no hablan?

—Estamos muy a gusto así, escuchándolas— dijo Ernesto.

—¿Ya ves? —Rebeca se reviró hacia Javier—. Él sí sabe escuchar. Tú te la pasas quejándote. Y además... ¿qué estás tomando? —ahora con Ernesto.

—Buchanan›s con agua mineral.

—¿Ves? Ésa es una bebida con clase. ¡Tú nada más con tus cubas! «Fase dos», pensó Javier. «Ahora va a contarles lo furris que soy».

Y sí. Tras cinco años de matrimonio —forzado por el embarazo de los cuates— Javier conocía cada uno de los pasos que seguía Rebeca en situaciones como ésta.

— ...y se va los domingos a ver al Santos, equipo más charro. Y me deja en la casa cuidando a los cuates, que son dos diablillos. ¡Ay, pero tan divinos! Déjenme les

enseño una foto de ellos. Claro, son medio mal portados porque los tenemos en Montessori; para ellos lo mejor. Y...

—Yo también voy al fut de vez en cuando— dijo Ernesto extemporánea, solidariamente, sin dirigirse a nadie en particular.

—Sí, de vez en cuando. Pero Javier... ay, mi dolor de cabeza cada domingo.

—Cada quince días. Juegan cada quince días— acotó Javier.

—Bueno... —completó Ernesto— Yo sólo voy cuando vienen buenos equipos—. Javier tomó nota mental de aquella traición.

—Lo que sea —Rebeca todavía seguía su diálogo con Javier—. ¿Pedimos de cenar?

Y fue en el transcurso de la cena cuando surgió la cuestión del Marqués.

—¿Saben lo que nos contó el caddy? —dijo Lola, en el tono de quien conoce que los escuchas no tienen idea de qué va a decir.

—No, ¿qué? —repuso Rebeca, disponiéndose a escuchar algún jugoso chisme de Torreón. Hasta dejó a un lado el tenedor.

—Que por aquí, en los campos del hotel, ¡se aparece un fantasma!

—¿Un fantasma? ¡Uy, qué emoción! ¿Y de quién es?

—De la Secretaría de Turismo —se animó al chiste Ernesto.

—No, cuál —Lola le dio un manazo cariñoso—.

Es, ni más ni menos, que de un Marqués. El Marqués de... ¿de dónde, Neto?

—De Aguayo— Ernesto serraba su bistec; miró de reojo a Rebeca, que parecía prendada de sus palabras, y continuó comiendo—. El Marqués de Aguayo, antiguo

dueño de estas tierras... y de muchas otras —le dio un trago al vino; se limpió con la servilleta y asumió un tono doctoral—. El Marqués de Aguayo era dueño de un inmenso territorio. De aquí hasta Texas. Claro, en tiempos de la Colonia.

—No había mucho que digamos, de cualquier forma —acotó Javier—. Es decir, aparte de apaches y de indios de esos.

—Pero el territoriote quién te lo quita —exclamó Rebeca—. ¿Y luego qué pasó? ¡Cuenta, cuenta!

—Pues algo tru-cu-len-ti-si-mo —continuó Lola, apresurada por la forzosa interrupción del relato—. Resulta que en una de ésas, el Marqués éste fue a Saltillo. Se estuvo unos días allá. Y luego, se viene a galope para acá. Al llegar a una... ¿cómo se llama eso donde cambiaban los caballos?

—Posta —dijo Ernesto, sin soltar la copa.

—Eso, posta, agarra un caballo nuevo, y luego... ¡Zaz! ¡Le corta la cabeza al criado y al caballo usado!

Rebeca soltó un gritito apreciativo.

—¿Y por qué? —interrogó Javier, estimulado sin querer por la historia.

—Espérate. Eso no es todo. Luego llegó a otra posta, y lo mismo. Cambia de caballo, le corta la cabeza al criado, y al caballo, y de nuez, a galope.

Y así hasta llegar a— Parras.

—Unas siete postas —aclaró Ernesto.

—Y llegando acá, siguió tumbando cabezas: a todos los que encontró en su casa: mujer, hijos, criados... sólo se salvaron un niño al que escondió su nana en el horno, y la nana, a la que sólo le cortó los pies.

—¿Los pies? —interrumpió Rebeca—. ¡Qué horror!

Javier se preguntó qué tanto más terrible era perder los pies que la cabeza. Pero guardó prudente silencio.

—Y luego —prosiguió Lola—, el Marqués agarró su caballo...

—¿A éste no le cortó la cabeza? —preguntó Rebeca, con toda seriedad.

—No, a éste no. Luego ¿en qué se iba? Agarró su caballo, y se largó. Nunca se le volvió a ver... vivo. Su fantasma anda por ahí, cabalgando. Unos dicen que cargando con su cabeza cortada.

Rebeca se abrazó melodramáticamente, y tiritó de manera artificial:

—Uf, Y todo eso, ¿dicen que ocurrió aquí? ¿Y eso hacían los aristócratas entonces? Mira, quién los viera. Si uno los ve ahorita en el *Hola!* y no parecen matar una mosca.

—El fantasma anda por aquí —aclaró Ernesto. Ahora se le notaba el aburrimiento hasta en la manera de tomar la copa.

—Uy, ¡qué emocionante! ¿No sería padre irnos a buscar al Marqués? —Rebeca le palmeó la mano a Ernesto, provocando un pequeño rozón entre los hombros de los dos. Ernesto pareció despertar de un sueño. Volteó hacia ella, sonriéndole tontamente. Evidentemente no esperaba ese contacto físico. Ahora la veía como si acabara de encontrársela. «Fase tres», piensa Javier. «Coqueteo desvergonzado».

—Uy no —intervino Lola rápidamente, viendo a su marido con intención—. ¿Te imaginas si nos lo encontramos?

—No es mala idea —dijo Ernesto—. Sirve que nos desaburrimos.

—Pero ¿y si nos lo encontramos? —insistió Lola.

—Ay, pues los hombres nos protegerían –Rebeca asió a Ernesto por el brazo.

Este repitió su sonrisa estúpida.

—Sí, tú. ¿Cómo? Ni sabemos por qué hizo lo que hizo— razonó Lola, como si hubiera conjuros contra fantasmas según los causales que los llevaron a esa condición.

—La mató por adúltera —intervino Javier por primera vez desde la propuesta de cacería—, Y fue matando a sus amantes y a los frutos de su pasión. El niño del horno sí era suyo, y lo sabía. A la nana la castigó nomás por alcahueta.

En la mesa se formó un silencio espeso.

—Ay, Javier —manotazo a su marido, en el otro

lado de la mesa—. Tú siempre con argüendes. ¿Cómo sabes?

—Tiene lógica, ¿no? —Javier miró de manera significativa a Lola.

—Pero entonces, ¡que tengan miedo los adúlteros!

—dijo Rebeca alzando su copa— Nosotros saldremos a buscarlo, ¿no? —codazo a Ernesto.

—Sí, claro —Ernesto también sube su bebida para brindar; se le ve entusiasmado—, ¿Verdad, Lola?

—Pues sí, ¡total!

Javier alzó mecánicamente su cuba y la hizo chocar con el conjunto que ya flotaba por encima del centro de la mesa.

Y ahora, saliendo del cuarto, enfrentándose a un frío de los mil demonios, se pregunta por qué no ejerció mayor resistencia ante aquella insensatez. Han quedado de verse en el lobby a las once, y Rebeca acusa una prisa por ser puntual que resulta rara en ella. Javier la sigue a lo largo del corredor que da al exterior, donde se empiezan a acumular luengos girones de neblina. Javier voltea hacia el cielo: no hay luna.

En el lobby ya los están esperando Ernesto y Dolores. Todos van bien prevenidos contra el frío, los hombres

con chamarra de pluma de ganso, las mujeres con anoraks. Ernesto ha sacado una linterna de la camioneta, «por si hace falta», aclara.

—Ay, qué previsor —Rebeca le da una cachetadita cariñosa—. ¿Y tú, no trajiste nada? —se vuelve hacia Javier.

«No soy minero», piensa responder Javier, pero se contiene. Simplemente se encoge de hombros.

—Bueno, ¿qué les parece si partimos en busca del Marqués? —dice Lola—. Antes de que se haga más tarde.

—¿Cuál es la prisa? Se ha de aparecer a medianoche, como buen fantasma, ¿no? —Ernesto se ve de excelente humor.

—Quién sabe —dice Rebeca—. Pero vamos a darle de una vez.

Empiezan a caminar por los bordes del área recreativa, y finalmente desembocan a un camino entre añosos nogales y matorrales desparpajados. Javier se había equivocado: sí hay luna, pero aparece y desaparece cíclicamente en un cielo encapotado. Ello hace difícil la marcha. El camino culmina en un claro entre los árboles. La oscuridad, salvo por la linterna de Ernesto, es casi completa cuando la luna se esconde. Javier voltea hacia atrás: el hotel queda a sus buenos doscientos metros, y la luz del alumbrado exterior en ese punto es ya prácticamente nula. La neblina forma, en el suelo, una alfombra casi compacta, que les llega a los tobillos. Más arriba, la visibilidad no es mucho mejor. Se detienen en el claro para buscar un nuevo camino. Entonces Rebeca hace la propuesta:

—¡Así no tiene chiste! ¡Todos en bola, no se nos va a aparecer el fantasma! ¿Por qué no nos vamos cada quién por su lado?

—En parejas sería más seguro —habla Javier por primera vez desde que salieron del hotel.

—No, ¡qué poco emocionante! —dice Ernesto—, Becky tiene razón. Vamos cada quien a un punto cardinal y nos vemos aquí en... digamos una hora.

—¿Aquí? —pregunta Lola—. Si ni sé cómo llegamos.

—Pues si no puedes dar con este lugar, te vas al lobby y ahí te esperas. Total, las luces del hotel te pueden guiar.

—Bueno —dice Javier—. Yo tomo por acá —y sin decir más, empieza a caminar entre los árboles situados a su derecha. Los demás lo observan internarse y luego se voltean a ver desconcertados.

—¿Y a éste qué le picó? —pregunta Lola en voz alta.

—Así es él —explica Rebeca—. Todo se lo toma en serio. Bueno... esto va en serio. ¿O no?

—Pues sí —responde Ernesto—. Yo me voy por acá—señala la dirección opuesta a la tomada por Javier—. Si quieren la linterna...

—Ay, yo sí, porque luego no sé ni dónde piso... —dice Lola, tomándola.

—Bueno, pues. Nos vemos... a las doce y cuarto aquí—y Ernesto echa a andar hacia el rumbo indicado. Luego de un rato, Lola toma un camino intermedio entre los que han tomado los hombres.

—Ciao, Lola.

—Bye —se despide de Rebeca.

Desde su punto de observación, Javier ve cómo Rebeca duda ahora que se encuentra sola. Pero luego nota que, con uno de sus típicos gestos desenfadados, aspira el aire frío con firmeza, aprieta los brazos contra el cuerpo, y empieza a caminar, más o menos en la misma dirección que Ernesto. Cuando Javier calcula que ella debe hallarse a unos quince metros del claro, abandona su puesto de vigía y empieza a seguirla.

«En esta oscuridad es imposible saber si uno va en la dirección correcta» piensa Javier, dando tumbos entre

dos árboles, uno de los cuáles había permanecido oculto por la niebla, que se ha ido espesando sensiblemente. Lleva quince minutos siguiendo, en teoría, a Rebeca, pero no ha alcanzado a divisarla ni una sola vez. Claro que ha tenido que andar despacio, con cuidado, no sólo por la oscuridad, sino por el temor de que un ruido imprudente delate su presencia. Y ahora no está seguro de si el rumbo es el correcto. A unos veinte metros del claro, calcula él, escuchó el rumor de un riachuelo. Pero luego de caminar en línea recta, dejó de oírlo. Y por más que ha aguzado sus sentidos, no ha detectado ninguna otra señal de movimiento. Ni un pájaro, ni una rama quebrándose.

Empieza a desesperarse. De pronto, deja en suspenso la pisada que iba a dar con la pierna izquierda. Le ha parecido oir un rumor a lo lejos. Sí, se escucha algo. Al principio es un ruido sordo, lejano. Pero luego, claramente discierne que se viene acercando. ¿Truenos? ¿Un jet pasando muy arriba? No, se escucha a ras de tierra. Ahora parece más claro... sí, son... cascos de caballo. A galope. Javier ha quedado paralizado en la pose de ave que tenía cuando empezó a escuchar el rumor. Se recarga con suma cautela en un árbol para no hacer descender el pie. «No te asustes. Ha de ser un velador. O un caballerango». Pero ¿quién galopa en medio de una noche como ésta? Si caminar es un peligro, ¿a quién se le ocurriría no sólo soltarle la rienda al caballo, sino, evidentemente por el ruido que cada vez suena más próximo, azuzarlo? El ritmo del rumor disminuye. El caballo está pasando a un galope menos sostenido. Luego, el trote se hace pausado, pero sonando más cercano. Javier calcula que debe encontrarse a no más de diez metros. Después, el silencio. Lo que sea que haya estado produciendo el ruido, se ha detenido. Escucha luego piafar al caballo.

Le sorprende que el sonido se escucha un poco más allá de donde creyó oír por última vez los cascos. Vuelve la cabeza lenta, muy lentamente. Y entre la niebla cree ver una silueta, enorme, como pendiente de la luna que en esos momentos se devela. «Sí, es un jinete».

Luego, la luz vuelve a palidecer y a eclipsarse del todo, borrando la figura.

Javier permanece inmóvil un rato más. No sabe cuánto. El tiempo parece haberse detenido de la misma estúpida manera que él. Porque, pasado el susto —Javier reconoce estar asustado—, empieza a sentirse como un imbécil, con el pie suspendido en el aire, sin apenas mover un músculo. Cuando es más fuerte la sensación del ridículo que la del miedo, baja el pie y suspira audiblemente. Nada. Silencio total. En vista del fracaso de su expedición, decide emprender el regreso al hotel. Y lo hace con paso ligero, desandando el camino que él supone siguió hasta ahí.

Es más la intuición que una auténtica percepción lo que lo hace detenerse, precariamente apoyado en una rama como freno de contención. No quiere más sorpresas, y por eso obedece al erizamiento de los cabellos de la nuca. Ahí, delante, hay algo. Que se mueve. Ahora lo puede percibir entre la niebla. Que gime. Ahora lo puede oír, muy queda pero claramente. Casi a sus pies, una forma monstruosa parece debatirse prisionera de algún cepo. No puede discernir pies ni cabeza. Se agita cíclicamente, primero con furia, luego lenta, cadenciosamente. Los quejidos parecen seguir el mismo ritmo.

Sin embargo, cuando con más furia quiere librarse, más semejan rugidos sordos. A la bestia le debe doler mucho el tratar de zafarse por la fuerza de la trampa en

que ha caído. Pero ¿qué tipo de animal será? Javier se halla a poco más de metro y medio de él, y no puede figurar claramente sus formas. Tampoco desea acercarse más: ¿a qué peligros podría exponerse? Además, la aparente ausencia de cabeza, de extremidades, en especial en aquella noche, aquellas circunstancias, lo hacen manifestarse más precavido. ¿Será el Marqués? ¿Se estará debatiendo aquella alma en pena con su conciencia?

De pronto, Javier distingue claramente dos ruidos: el primero, justo debajo del brazo que se había apoyado en la rama. Es una especie de crujido apagado, reticente. Luego se hace más claro: la rama apolillada está cediendo. En su parálisis, Javier pierde aquel apoyo y se va de bruces contra el monstruo.

El segundo ruido, que coincide con el primero, es un extraño diálogo, amoflado por la niebla y los gemidos:

—Vente, vente.

—Te espero, te espero,

En el lapso infinito que tarda su desplome, a Javier se le figura que aquéllas son llamadas del infierno al que lo convoca el Marqués. No reacciona sino hasta que se derrumba, con rama y todo, encima de Ernesto y Lola, ayuntados en amoroso y bizarro consorcio.

La pareja reacciona como si les hubiera caído el cielo encima; lo que, en efecto, creen que es lo que ha ocurrido. Ernesto empieza a patalear para librarse de aquello que se ha precipitado sobre ellos. Lola ahoga un gritito, más porque se dio de boca contra el suelo que por reacción anímica.

Javier alcanza a librarse de las patadas y se echa a un lado. De alguna parte, Ernesto agarra la linterna y lo lamparea.

—¿Túúúúú? ¿Qué estás haciendo aquí?

Lola, todavía en decúbito dorsal, trata de subirse los pantalones. El reflejo de la linterna hace aparecer su trasero como una enorme, resplandeciente luna llena, que tanto se ha extrañado esa noche.

—Pe... perdón. Andaba pe... perdido. Y...—cuando me quise detener... cedió la rama—. Ernesto empieza a abrocharse como puede. No sabe si reírse, o sorrajarle un linternazo al impertinente. Opta por lo primero.

—De todo el campo, tenías que haber venido a dar justo aquí.

—De veras que tu mujer tiene razón... eres un... azote... —dice Lola, a quien todo el asunto le ha caído menos en gracia.

—Oh, vamos mujer, déjalo —repone Ernesto, pasándole (para su sorpresa) un brazo sobre los hombros a Javier. Y luego, bajando la voz—: Además, fue idea de ella hacerlo de a perrito en despoblado.

Y tenía razón. Se siente a toda madre. Como... medio salvaje.

—¿Y el Marqués? —pregunta Javier, atolondrado, tanto por la situación como por la camaradería que denotan las palabras de Ernesto.

—¿Cuál pinche Marqués?

Rebeca siente que ha caminado toda la noche. Al principio, pensó que la emoción creada por la búsqueda de un fantasma sería un estímulo para aquella aventura que no le creería nadie en Torreón. Quizá, de haber tenido suerte, hubiera podido toparse con Ernesto. Incluso se había imaginado la escena: los dos encontrádose de improviso en un recodo del arroyo —ya se había mojado un pie al cruzarlo—, y él, dejándose llevar por sus bajos instintos, la tomaba fuertemente entre sus brazos. Luego de permitir que le robara un beso, lograba deshacerse

de la atadura del atlético galán, para defender su honra. Porque eso sí, coqueta siempre, puta jamás. Javier sería un patán, pero era el que la había llevado de blanco al altar. Ahora que si Ernesto era tan fuerte...

Sin embargo, ya tiene rato de haber dejado aquella fantasía pendiente: desde el momento en que se dio cuenta que estaba perdida entre la oscuridad, la niebla y los nogales inmensos. Ahora no sabe qué hacer, sino otear, poniéndose de puntas para ver si alcanza a divisar las luces del hotel.

De pronto, vuelve a dejar reposar los talones en la tierra. Le ha parecido oír un rumor a lo lejos. Sí, se escucha algo. Al principio es un ruido sordo, lejano. Pero luego, claramente, se discierne que se viene acercando. ¿Truenos? ¿Un jet pasando muy arriba? No, se escucha a ras de tierra. Ahora parece más claro... sí, son... cascos de caballo. A galope.

«Al menos alguien anda por aquí». Rebeca se alegra de que no va a tener que ponerse a pegar de gritos como loca para que la hallen. Localiza el rumbo aparente del galopar, y camina en esa dirección. A medida que avanza, el rumor se va haciendo más nítido. Al aproximarse a un claro, distingue que el ritmo del ruido se va haciendo más pausado el caballo está pasando a un andar más lento. Finalmente, coincidiendo con su llegada al claro, distingue la silueta de un hombre a caballo al otro extremo del mismo.

—Hey, usted. Ayúdeme. Estoy perdida —le dice con firmeza a la figura borroneada por la niebla.

El hombre no parece haberla oído. No voltea ni hace ningún movimiento. De hecho, se ha quedado inmóvil tan pronto entró al claro. Decidida a no permitir que la dejen ahí, Rebeca camina hacia la figura.

Al encontrarse a dos metros de la silueta que todavía

aparece confusa por la niebla, la luna surge de entre una nube. Rebeca ahoga un grito con la mano: ante ella está un hombre palidísimo, vestido a la usanza del siglo XVIII, sosteniendo las riendas de un caballo cuyos ojos parecen fosforecer. Si no ha hecho ningún movimiento, es porque su mirada ha estado clavada en ella desde que entró en el claro. Ahora la aprecia: una mirada de desdén, rencorosa. Rebeca siente que un escalofrío la recorre desde la nuca hasta los tobillos.

—¿U... usted es... el Marqués?

Los ojos del hombre parecen adquirir la naturaleza flamígera de los del caballo. Se estrechan en una ranura donde parece concentrarse un terrible odio, una gran maldad. Finalmente habla, apenas abriendo la boca, y sin embargo soltando un rugido:

—¡Pécora insufrible! ¿Quién más creéis que os citaría aquí, a esta hora? —y el hombre se lleva la mano a la espada que pende del lado izquierdo.

«Toledana», alcanza a pensar Rebeca, en una ráfaga de lucidez.

—¿U... usted... me va a matar?

Por toda respuesta, el hombre empieza a desenvainar la espada.

—Pero... ¡un momento! —clama Rebeca, súbitamente envalentonada—. Usted no tiene por qué matarme. Yo no soy adúltera. No soy como su mujer—. En el rostro cadavérico del hombre parece esbozarse una sonrisa. Termina de desenvainar la espada. Y contesta:

—Sí sois como mi mujer. Y no os voy a matar por adúltera.

—En... entonces... ¿por qué mató a su mujer?

Mientras la espada desciende como un rayo, en un plano diagonal que hiende el cuello de Rebeca de lado

a lado, el Marqués descifra la incógnita que ha andado rondando por esos lares desde hace siglos:

—¡Por mamona!

Aunque Rebeca ya no alcanza a oírlo.

GÓTICO LAGUNERO

1

—Es por aquí —Dijo el sapo apenas puse pie en la banqueta. Al parecer, me había estado esperando largo tiempo. Sin embargo, de la oficina no me habían podido localizar sino hasta quince minutos antes; y eso, porque el hocicón del Sapo, sintiéndose el inútil que es sin mí, les dio el tip del teléfono de Elodia, no queriendo ser él quien llamara; y con justa razón. La bronca me cayó enterita a mí: a Elodia le enfurece que me busquen del trabajo en su casa. La verdad, que no confiesa, es que tiene un miedo loco de que en alguna ocasión quien esté del otro lado de la línea no sea gente de la Procu, o algún narco recién salido en busca de venganza, sino María Elena, mi mujer. La neta, yo también de repente siento un escalofrío pasajero al oir el timbre. Sin embargo, la localizáción y demás señas de mi refugio es un secreto de alto nivel, que sólo comparten El Sapo y El Tequila. Aunque, al paso que vamos, no tardará en aparecer en la Sección Amarilla: el par de babosos me buscan ahí, por sí mismos o a través de la secre, al menos dos veces por semana. Voy a tener que enseñarles que va en serio lo de

la protección de mi intimidad. Incluso el miembro más conocido (!) y respetado (!!) de la Delegación Laguna de la Procuraduría de Justicia del Estado de Coahuila tiene derecho a una vida privada.

Me aboqué de inmediato a mi labor de convencimiento:

—Ultima vez que me hablas con Elodia por una mamada. A la próxima, te meto los huevos en un cascanueces tarahumara.

—¿Qué pasó, jefe? —protestó El Sapo— ¿Tú crees que te hubiera molestado por nada?

—Hace tres semanas me sacaste de la cama para localizar al que había atropellado al fox terrier del hijo del alcalde — le recordé, sañudo.

—Bueno, bueno... pero ese escándalo no lo armé yo; lo armó el Jefazo. Además, esto sí es gruexo.

El gentío que se acumulaba frente a nosotros delataba que, por una vez, El Sapo tenía razón; y la vista de algo más que un fox terrier apelmazado sería la recompensa para los mirones que se apostaban tenaces a la puerta de una casa vieja, de ladrillos cocidos a la antigüita y balcón enrejado. Aunque aquello no tenía nada de extraño: apenas eran las nueve de la noche, y cuarenta morbosos a esa hora constituían apenas el promedio. El Cambujo, uno de los elementos nuevos, guardaba la entrada.

Nos abrimos paso a codazos por entre la gente. Finalmente El Cambujo nos franqueó la puerta. Apenas habíamos transpuesto las jambas, me golpeó el olor.

—¿No me digas que...?

—Pues sí, jefe —replicó El Sapo, compungido—. Es otra. La tercera.

—¿Cuánto tiene? — me coloqué un pañuelo sobre la boca y nos detuvimos en un pequeño corredor. Ahora quería conocer más detalles antes de ver lo que tenía que ver.

—Un vecino de aquí al lado reportó la peste hace dos días. De aquí a que llegaron los del Centro de Salud, hoy a las cuatro. Cuando no les abrieron y la cosa les olió de veras feo —repulsiva risita del Sapo— nos hablaron. El Cambujo echó abajo la puerta a las siete. Desde entonces te hemos andado buscando... y como no te quería buscar luego luego con Elodia...

—Allá afuera no huele nada.

—No. Nada más aquí adentro y al lado poniente, donde está roto el vidrio de una ventana. Precisamente fue el vecino de ese lado el que reportó la pestilencia.

Le hice la seña de que me guiara al escenario del suceso.

La casa que recorrimos no se distinguía de, muchas otras semejantes en las partes más viejas de Torreón... lo que no es mucho decir, porque la ciudad no llega a los cien años de antigüedad: un corredor central largo, que desemboca en una estancia rectangular. El corredor da a una sala y una pieza de costura o chismorreo o a lo que se dedicara la gente antes de la aparición de la TV. A la estancia dan las puertas de dos recámaras, la cocina y un baño, amén de un pequeño patio. Qué lesionado cerebral hacía la distribución de estas casas entonces, y de las del INFONAVIT ahora, son misterios que nunca se podrán aclarar.

Al llegar a la estancia, nos encontramos con un hombre bajito y rechoncho, sentado en un raído sofá, quien era sometido al peso de la mirada del Cuyo y El Tequila, parados a un metro de él. Un peso enorme, ciertamente. El hombre levantó la vista y, al reconocernos como policías, soltó un gemido: tal vez esperaba que alguien decente llegara a rescatarlo.

— ¿Y éste?

—Es el vecino que le avisó a Salubridad —dijo El

Cuyo—. Lo hemos estado interrogando — a l ver cómo se sacudían los hombros del hombrecito, ahogando un sollozo, inquirí con la mirada. El Cuyo apostilló—: Leve.

—¿Y?

—Pues nada —dijo El Tequila, medio harto—. La difunta se cambió aquí hará unos tres meses. Se dedicaba a vender emplastos, amuletos, filtros de amor y jaladas por el estilo, y al parecer también echaba las cartas y leía el tarot. Aquí Molcas —apuntó con el mentón al hombrecito, quien parecía encogerse por momentos— dice que no la trató más que de saludo para abajo. La vio por última vez hace cinco días, cuando se la topó en el Oxxo yendo por la leche. El olor lo notó hace dos, y le tocó a la señora, pero nadie contestó. La puerta tenía puesto el seguro. Luego luego le habló a Salubridad. Como nadie vino ese día, al siguiente, o sea hoy, llamó al programa de radio ése donde todo mundo se queja, y a las dos horas llegaron del Centro de Salud. Y ésos nos echaron el pitazo a nosotros. Tiramos la puerta, y encontramos... eso —apuntó con el pulgar a una puerta cerrada que daba, suponía, a una habitación.

—Bendito poder de los medios —dije entre dientes y por debajo del pañuelo que no me había retirado de la boca.

—¿Mande?

—No, nada. A ver, Sapo. Vamos a ver.

Me había equivocado. Al abrir la puerta, al tiempo que un tufo nauseabundo me pegaba más fuerte que el Pipino Cuevas, noté que aquella era la cocina de la humilde morada. El mobiliario era pobre y escaso. Sobre la estufa, una enorme olla para mole chorreaba un líquido negro-rojizo... y ya sabía yo que no era ningún platillo típico poblano.

—La han de haber destazado ahí, jefe —dijo El Sapo, señalando a un rincón manchado en piso y paredes de sangre coagulada—. Luego, lo mismo que con las otras: la metieron a la olla y la pusieron a hervir. Nada más que se ha de haber acabado rápido el gas, porque no alcanzó ni a desprenderse la carne de los huesos. Ahí está todavía más o menos entera... bueno, los cachos.

—¿Ya registraron aquí?

—Muy poco. Lo estábamos esperando, jefe.

—Pues a darle —sabiendo que andaba de mal humor, El Sapo procedió a remover todo lo que estaba en la habitación.

Por no dejar, y ser solidario con los subalternos, eché un vistazo al interior de la olla: alcancé a ver una mano engarfiada y lo que parecía ser pelo. Disimulando mi asco, caminé muy quitado de la pena hacia afuera del cuarto. En cuanto me hallé en la estancia, cerré la puerta; muy, muy bien cerrada. Pobre Sapo. Pero también para qué me saca de los brazos de mi Elodia.

—¿Generales? —le pregunté al Tequila.

—Había algunas cosas en un cajón del ropero de ese cuarto —señaló a sus espaldas—. Un pasaporte con visa americana y una credencial para votar con fotografía...

—La mitad de ésas son balines, Tequila —interrumpí.

—Aquí coincide con el pasaporte, jefe. La muerta se llamaba Elvira Pérez Quelite, de Catemaco, Veracruz...

—Vaya, ésta sí era bruja de a de veras... –volví a interrumpir. El Tequila me vio con cara de pocos amigos y prosiguió:

—El domicilio de la credencial es de Tultitlán,

Estado de México. De hace cuatro años. La ñora tenía 68 años.

—¿Y el modus operandi?

—¿El qué? —se angustió el novato Cambujo. Cualquier palabra en otro idioma que no fuera español le producía una extraña desazón.

—El cómo la mataron, Cambujo... —explicó fraternal El Tequila—. Igual que las otras. Llegaron con maleta y olla. Como clientes, suponemos. Luego la mataron por sorpresa. Quizá un golpe en la cabeza, nos lo dirán los legistas. Después la despedazaron y la pusieron a hervir en la olla. Dejaron la ropa sucia en el patio, se lavaron, se cambiaron, y salieron como si nada.

—¿Otra vez de hombre y mujer?

—Otra vez, jefe. Y sin marca ni etiqueta. Ropa chafa que se puede comprar en cualquier parte.

—¿No será uno solo que ensucia dos juegos de ropa?—solté la pregunta que me había venido rondando desde hacía veinte días.

—Está cabrón cargar la maleta y la olla uno solo, jefe —replicó El Cuyo, muy lógico—. Y además, ¿para qué hacer creer que son dos?

—¿Y la destazaron...?

—Con la misma hacha de antes, suponemos—prosiguió El Tequila—. No la hemos hallado. La han de haber metido en la maleta que ya estaba vacía, después de cambiarse, como las otras veces.

—¿Usted no vio a nadie por el vecindario con una maleta y una olla hace tres o cuatro días?—le reviré mi frustración al vecino, que había seguido nuestro diálogo muy calladito.

—Ya le dije a sus compañeros que casi no salgo. Nada más por el pan, la leche y el periódico. ¡Yo no vi nada! ¡Yo no he hecho nada! —y finalmente se puso a llorar. Ha de haber creído que le íbamos a ensartar a la muertita. Y sí, de vez en cuando lo hacemos... pero aquí era imposible. Nos estábamos enfrentando a una serie

de crímenes en apariencia satánicos, y resultaría difícil hacerle creer a nadie que aquel tipejo tenía nada qué ver con semejantes horrores. Aunque resultaba más difícil aún el creer que nadie había visto a una pareja con una maleta (o atado de ropa, para el caso era lo mismo) y una olla de mole entrar a la escena del crimen. Pero eso era lo que había ocurrido. Sin duda Torreón estaba ya siguiendo el camino de las grandes urbes hacia la deshumanización, en el momento en que nadie espiaba, como en los viejos tiempos, a los vecinos y sus visitas.

Aquello ya se estaba convirtiendo en un ritual periódico. La señora Elvira Pérez Quelite era la tercer mujer asesinada de la misma forma en Torreón en las últimas tres semanas. Aparte del modus operandi, las tres tenían como característica común el dedicarse a la brujería, esoterismo o fraude astrológico (según se quiera ver), y el haber muerto un martes... precisamente el día favorito de mi pichichurris. En las últimas tres semanas me habían aguado el único día en que mi fiera me deja en paz, porque ella se va a jugar canasta uruguaya con otras tres fodongas que conoció en el peinador. Hasta por ese lado todo el asunto parecía demoniaco.

Cuando descubrimos la primera, ocultamos lo mejor posible el detalle de la olla, y el hecho de que faltaba un dedo: el culto público torreonense verá cosas peores en cuatro o cinco videos que renta el fin de semana, pero no quiere (y no debe) enterarse que algo así ocurre en su mismo código postal.

Sin embargo, para la segunda se filtró algo de información, no muy concreta» pero que apuntaba, según nuestro pasquín vespertino local, a una serie de rituales de clarísima calaña belzebútica (así decía el periodicucho). Y ahora doña Elvira nos iba a hacer pasar una pésima temporada si no encontrábamos ya no

digamos a los culpables, sino pies y cabeza a aquellos crímenes que no eran ni pasionales, ni por codicia, ni por nada racional. De pronto, los aullidos del Sapo, provenientes de ultratumba, según me pareció en ese momento, me sacaron de mis reflexiones... y de mis casillas.

—¡Abran, ábranme, cabrones! ¡No sean ojetes!—gritaba mientras azotaba con manos y pies la puerta cerrada de la cocina. Hasta entonces reparé en que la chapa era de ésas que sólo se abren sin llave de un solo lado... el que daba a la estancia. El Cuyo lo sacó de su miseria.

—¿Por qué me dejaron encerrado ahí, culeros?—dijo El Sapo, notablemente haciendo honor a su apodo, pujante, sudoroso y muy pálido, apenas transpuso el umbral. El Tequila, El Cuyo y un servidor no pudimos reprimir una sonrisa.

—No fuimos nosotros —dije, en el tono más tenebroso posible—. Fue doña Elvira.

El vecino se santiguó.

—¡Qué Elvira ni qué Elvira! En una de esas payasadas me van a matar de un infarto. Me acuerdo cuando estuve en Reynosa, que a un compañero...

—¡Ya, ya, párale a tu tren! —impuse mi jerarquía—. ¿Por qué querías salir tan apurado?

—Es que ahora sí metieron la pata, jefe. ¡Dejaron el hacha!

—¿El hacha?

—Sí. La tiraron atrás de la estufa. Nada más que... pues no me cabe la mano.

—¡Cambujo! —seguro los brazos del novato correoso servirían para la comisión. El Cambujo se apersonó rápidamente, oyó las instrucciones, tragó saliva y entró a la cocina. En tres segundos estaba de regreso con un

hacha ensangrentada pendiendo de sus dedos índice y pulgar, retirándola lo más posible de su cuerpo.

El vecino se santiguó de nuevo, y pareció estar a punto de desmayarse. Sin embargo, tuvo la presencia de ánimo para hablar por primera vez de mottu proprio:

—Este... ¿ya me puedo retirar?

—¡No!—contestamos todos al unísono. No que hubiera una razón para retenerlo. Era evidente que el tipo no sabía más de lo que nos había dicho.

Pero, ¿para qué dejarlo ir a ser entrevistado de inmediato por la prensa? Mejor amedrentarlo un rato más y que luego no soltara prenda.

El Cambujo puso el hacha en una mesita de centro, donde doña Elvira seguramente echaba las cartas en sus sesiones de trabajo. Todos nos inclinamos a observarla con curiosidad. Tenía unos cincuenta centímetros de largo. Y la cabeza parecía más que capaz de trocear cristianos. O brujas. El Tequila exclamó:

—¡Ya chingamos, jefe! Mire—y señaló el extremo del mango.

Me acerqué por ese lado, y casi no pude creer lo que veía: ¡la etiqueta de compra! ¡Y con código de barras!

—¡Vaya, pues! Nuestros asesinos perfectos cometieron un error de primaria. No sólo dejan el arma, sino hasta nos dicen dónde la compraron.

2

Las líneas dé investigación desde ese momento fueron dos: la primera, que habíamos iniciado con cierto desgano hacía unos días, era elaborar un censo de cuanta bruja, echadora de cartas, lectora del tarot y barredora con rama de pirul que pudiera hallarse en la Región

Lagunera, que comprende no sólo Torreón, sino también Gómez Palacio, Lerdo y zonas circunvecinas azotadas por la doble plaga del neoliberalismo y la manía de irle al Santos. Para tal labor estaba comisionado El Sapo. La segunda linea, que me apropié, era la de averiguar la procedencia del hacha que habíamos encontrado (mejor dicho, había encontrado El Sapo) detrás de la estufa de doña Elvira. Aunque claro, no había que apurar mucho las cosas. Primero era lo primero.

Me hallaba temprano el día siguiente en mi oficina, hablando por teléfono con Elodia, convenciéndola de que mi abandono había sido uno de esos gajes del oficio a los que se exponía quien anduviera en torno de un policía, cuando Rosita, la secular secretaria que se nos había impuesto como castigo visual por los haraganes de la Procu en Saltillo, asomó su fea faz por el quicio de la puerta y con su voz de pito anunció:

—El agente Ramírez le llama por la otra línea.

—¿Y qué no ve que estoy muy ocupado? –repuse con firmeza, amielando luego la voz—. Sí, mi reina, es que estamos trabajando mucho.

—Dice el agente Ramírez que es muy urgente

—insistió nuestra cancerbera.

—¡Bueno, pues, ya entendí! Voy a tener que colgar, vidita... sí, cosas de la oficina... sí, ciao, adiós —pulsé el botón correspondiente y exploté—: pinche Sapo, eres la oportunidad con patas... de batracio. ¿Qué quieres a estas horas del día?

—Uh, pues, jefe, uno hace su chamba –respondió rencoroso; yo me aplaqué: tenía razón.

—Okey, ¿qué es tan urgente?

—Bueno, pues ya ve que me encargó localizar a todas las brujas que hubiera en La Laguna. Pues ni sabe. Son

un chingo. Como que a la gente le hace falta o fe o dinero o en qué entretenerse. Ya llevo como treinta.

—A la gente siempre le faltan las tres cosas, Sapo. ¿Y eso qué tiene?

—Pues que empecé a interrogarlas. Y acabo de estar aquí en Lerdo con una que se me hace harto sospechosa.

—¿En Lerdo? —respingué de mi asiento—. ¡Eso es Durango, Sapo! ¡Es otra jurisdicción, otro estado! ¡Nosotros somos de Coahuila!

—¿Y ella cómo chingados se va a enterar? La cuestión es que empecé a preguntarle de sus colegas muertas, y se puso más temblona que una gelatina. No me quería ni ver a los ojos...

—No la culpo —interrumpí, riéndome por lo bajo.

—Ya, pues. La neta, esa vieja sabe algo y está escondiendo mucho.

—Okey, pues. ¿Dónde estás?

—Aquí en la plaza de Lerdo, echándome una nieve... esperando instrucciones.

Eché un vistazo al reloj. Como estaba casi seguro de que la identificación de la etiqueta del hacha era pan comido, decidí echarle una mano a mi anfibio subalterno.

—Espérame ahí. Llego en veinte minutos.

Que fueron veinticinco por el escandaloso tráfico y la pésima semaforización de nuestras ciudades. La cuestión es que me encontré al Sapo muy quitado de la pena, sentado en una banca de hierro vaciado, zampándose una doble de vainilla y chocolate.

—¿Dura tanto la nieve de Lerdo? —le pregunté.

—No. Este es el tercer vasito — y puso cara de niño pobre en escaparate de juguetería en diciembre—. Pero... es que vengo tan de vez en cuando a Lerdo...

—Está bien. Allá tú y tu diabetes.

—Si no estoy diabético.

—Pero lo vas a estar comiendo tanto mugrero—sentencié—. ¿Dónde es?

—Aquí a tres cuadras. Podemos ir a pie.

Efectivamente, fuimos en plan de infantería hasta la morada de doña Cleofas, especialista en limpias con huevo y sanar a quienes les hubieran hecho «el Mal». Pensé si no sería mala idea introducir ese tipo de asesoras al Gabinete.

Por fin, llegamos a una casa pequeña pero limpia, pese al aspecto terroso del resto de la cuadra. La bien pintada puerta se encontraba entornada: era evidente que doña Cleofas tenía la certeza de que mucha clientela iba a trasponerla.

El Sapo la abrió sin miramientos.

—¿Quién es? —se escuchó una voz proveniente del fondo de un corredor repleto de macetas con heléchos.

—Nosotros, doña Cleofas —dijo El Sapo, ya muy conocedor de la situación—. Los de la Judicial –no aclaró de qué estado. Total, para lo que sirve el pinche federalismo en este país.

Se oyó un estrépito más allá de los helechos, indicio claro de que la respuesta había ocasionado algún tipo de reacción brusca en presencia de cacharros de cocina. El Sapo le había atinado: claro que cualquier mexicano decente se alarma ante la, presencia de la Judicial. Pero aquella reacción era más bien la de una mexicana indecente.

Al poco rato surgió de entre la maleza una viejecita de manejar rápido y chongo canoso y apretado. Sin embargo, los movimientos de sus manos fueron ágiles al indicarnos unos equipales que, situados estratégicamente entre las macetas, hacían las veces de sala de estar. Seguramente las barridas las efectuaba en

alguna habitación del interior. Al ver sus ojos, distinguí una lucecita de picardía, de malicia. La anciana iba a ser, después de todo, un hueso difícil de roer: ya estaba sobre aviso.

—Doña Cleofas, permítame presentarle a mi jefe...

—Déjese de presentaciones, Ramírez... –corté con mi tono más imperioso—. Señora...

—Señorita, y de las de antes —interpuso ella.

Yo no sé las de antes, pero las de ahora...

—Bueno, señorita. Mi subalterno me informó que usted quizá nos podría ayudar en relación a...

—Yo ya le aclaré al señor que no sé nada de los otros crímenes —se atropello.

—¿Cuáles otros... doña Cleofas? —la agarré del chongo... metafóricamente hablando, por supuesto. Pese a nuestra mala fama, eso no se lo hacemos a las ancianas.

—Pues... los de las colegas.

—Sí, pero ¿por qué otros? ¿De cuántos sabe usted?

—Pues... de dos. Han matado a dos, ¿no? –a cada momento se veía más nerviosa. ¡Vaya con la perspicacia del Sapo!

—Tres, señorita. Ya son tres.

—¡Yo nomás sabía de dos! —se defendió.

—Pero esperaba otro, ¿no? —dije en mi voz más tierna de velocirráptor bebé— ¿Por qué?

—No, si no esperaba... Es que... –finalmente estalló—. ¡Yo no tengo nada que ver!

—Quizá nos convenza de eso... sin tener que llevarla a la Procuraduría.

Sin duda, en sus largos años de vida, doña Cleofas se ha ido enterando de qué puede pasar en tales lugares. Sopesó unos instantes mis palabras, y finalmente anunció:

—No los conocía. Llegaron aquí recomendados por

no sé quién... una amiga de la señora o algo así.

—¿Dos?

—Sí, un matrimonio. Cayeron hará un mes. Me dijeron que habían oído mi fama de enderezadora de maldiciones y deshacedora de males. Y que necesitaban mi consejo.

—¿Edad?

—Me dijeron que eran cincuentones. Pero aparentaban mucho menos. Y muy raros. Ella con un vozarrón; él, al revés, rete tipluda. Y medio volteado. Se veía que ella lleva los pantalones.

—¿Lleva? ¿Los ha vuelto a ver?

—No, no. Nada más vinieron esa vez.

—¿Para qué? ¿Consulta... profesional?

—Sí. Me dijeron que una bruja les había hecho un mal. Que le habían comprado algo, y que ahora querían deshacer el efecto... que qué tenían que hacer.

—¿Comprado? ¿Qué le habían comprado? –aquello estaba cada vez más interesante.

—No me dijeron. Yo entendí que unos menjurjes para untarse. Pero ya no querían saber nada de eso. Yo les dije que fueran con quien se los había vendido.

—¿Y fueron?

—Me dijeron que ya la habían buscado por cielo-mar-y-tierra. Y que no habían dado con ella. Que habían visitado a muchas colegas y nada. No me extraña. Nos protegemos mucho entre nosotras.

—Le digo, jefe, que es un friega ——acotó El Sapo.

—¿Y entonces? —continué, ignorando el comentario de mi subalterno.

La vieja se quedó mirando al vacío, como interrogándolo. Finalmente estalló en llanto, sorbiendo los mocos y limpiándose las lágrimas con las mangas de la camisa. Se veía realmente dolida.

—¿Yo cómo iba a saber que eran tan pendejos? Les hablé como uno le habla a los clientes. Usted debe saber. En este oficio, uno no dice las cosas derechas. Se los expliqué como una explica todo. Yo lo que les aconsejé fue que siguieran picando aquí y allá, y llegarían a saber dónde estaba la que les había vendido la pócima. Que las colegas podrían saber. Que les sacaran una cosa aquí, otra cosa allá... pero no entendieron.

Una lucecita se me prendió en el cerebro.

—¿Qué les dijo exactamente? ¿Cuáles fueron sus palabras precisas?

Sorbida de mocos. Barrida de lágrimas. Sorbida de mocos.

—Les dije: «Vayan con las que saben: pónganlas en hervor. Sáquenles un cachito a cada una. En cada nueva fase de la luna. Así podrán lograr lo que desean». ¡Pero yo cómo iba a saber que los pendejos lo iban a entender así! Yo lo que quería era...

—Sí, claro. Que las presionaran para que soltaran prenda, que dijeran lo que sabían. Pero ellos se lo tomaron... literal.

—Se lo tomaron a lo güey —concluyó doña Cleofas.

—Con razón le faltaba un dedo a cada muerta...

—dijo El Sapo.

—Y por eso lo hacen cada martes... cuando entra una nueva fase lunar —suspiré pensando en los momentos de pasión con Elodia de los que me habían privado aquellos imbéciles—. ¿Y por qué lo del cambio de luna?

—Ah, eso... —Doña Cleofas se veía cada vez más ensimismada—. Eso es para ponerle sabor al caldo. Lo de la luna siempre hace más misteriosa cualquier cosa que una dice.

—No, pos sí —remachó El Sapo. Luego de otra ronda de interrogatorio, coludimos que no había mucho

más que supiera la vieja aquella, y nos largamos. Ni la consulta nos cobró.

—¿Y ahora qué, jefe? —inquirió El Sapo, luego de pararse a comprar otro vasito de nieve en la plaza.

—Ahora, a ver quién compró esa hacha.

Llegamos a *Sam´s* Torreón, tienda de importados a lo bestia, por ahí de las once de la mañana, cada quien en su carro, y buscamos el mejor lugar prohibido para estacionarnos. Estaba seguro que la etiqueta era de ahí, y no de otro lado. Mi intuición resultó certera. Los asesinos se aprovechaban de la apertura comercial para comprar sus herramientas de muerte a precios competitivos. Con lujo de prepotencia (como dicen los periódicos malhoras) nos metimos en las oficinas generales, portando ostentosamente el hacha (sin lavar) que había sacado de la cajuela de mi carro (sin lavar, también, desde hacía meses). El gerente nos atendió con muy solícita alarma: un par de judiciales entrando con un hacha ensangrentada no es muy buena publicidad para el negocio. Al conocer el motivo de nuestra visita, nos llevó con el encargado del inventario, quien se hallaba en un cubículo de cristal, rodeado de programadores, impresoras y diskettes. El gerente nos presentó muy decentemente y huyó en cuanto pudo. El programador (que no es otra cosa el encargado de inventarios), un tipo más o menos de mi edad, dijo llamarse Manuel y se mostró muy cooperativo. Y rápidamente nos dijo por qué: ¡ayudar a resolver un crimen desde su computadora! ¿Quién no ha soñado con eso? No tenía que contármelo.

—Primero lo primero. Présteme el hacha— dijo Manuel, sin hacerle el feo a la sangre ya seca de la herramienta—. Umm. A ver si las manchas éstas— señaló las salpicadas que cubrían parte de la etiqueta— no estorban... déjenme ver —le pasó un lector láser al

código de barras, y en la pantalla de su computadora apareció el número de ítem, el nombre, la marca, y el precio (excesivo para mi gusto; «Es que reprogramamos después de la devaluación», me explicó luego Manuel). Picó dos o tres teclas y aparecieron varios números.

—Esta hacha fue comprada hace... —consultó un calendario de escritorio cortesía de Bancomer— poco más de tres semanas. Nuevo picoteo de teclas, y los números cambiaron.

—Fue vendida en la caja 18, por Elisa... ¡Elisa!

—¿Qué, está buena? —preguntó El Sapo, intuitivo.

—Buenísima —respondió Manuel.

Todo lo cuál me interesaba muy poco... al menos en tanto no tuviera a la mentada Elisa entre pecho y colchón. Por ello centré mis pesquisas como debía:

—¿A crédito o de contado?

Nuevo picoteo. Nuevos números en la pantalla.

—Ah, cabrón —dijo Manuel.

—¿Con tarjeta de crédito?

—Sí.

—Entonces dale la conexión entre la aprobación de la tarjeta y la operación de venta del hacha... y sabremos quién pagó por ella. Manuel me vio como bicho raro.

—¿Y tú cómo sabes?

—Soy licenciado en ciencias computacionales. Sin tesis, pero bueno...

—Ah.

Manuel volvió al teclado. Sin levantar la vista del display, comentó:

—Está cabrón el desempleo, ¿verdad?

—Ix.

—Aquí está: Banamex, número...

—Imprímelo, que no tenemos mucho tiempo.

Pulsó un botón, y la impresora de al lado empezó a

escupir papel como desesperada. Manuel arrancó la hoja, y con un marcador rojo enmarcó el número importante.

Muy atentos, le dimos las gracias a Manuel. Éste, despidiéndonos en la puerta de su cubículo (por donde merodeaba, como no queriendo, el gerente, con un par de bolsas de hule, para no salir con el hacha tan conspicuamente como habíamos entrado), me preguntó si todos los casos eran tan interesantes como ése.

—Sí —mentí.

—Ah, entonces... —se rascó la cabeza—. No, nada.. Te iba a decir de una chambita de capturista... me pidieron que recomendara gente... pero yo creo que estás contento con lo que haces, ¿no?

Y que lo dijera.

El trámite en Banamex no tardó mucho. Claro que fue un abuso de nuestra parte el llegar con el hacha (y sin bolsas) a la vista del público. Pero bueno... la burocracia bancaria puede ser peor que la gubernamental. En tres patadas tuvimos pelos y señales del propietario de la tarjeta que había pagado por la mentada hacha.

El feliz poseedor del plástico instrumento de endrogo resultaba llamarse Pascual Reséndiz y vivía en la Colonia Moderna, que de moderna no tiene nada. Hacia allá nos dirigimos en el carro del Sapo.

No era cuestión de andar gastando gasolina de oquis en estos tiempos de austeridad. La casa no presentaba ninguna característica que la distinguiera de otras de la misma colonia: algo despintada, pero con la dignidad a la que se aferra la clase media-baja-y-en-picada de los últimos sexenios.

Antes de bajar del carro, El Sapo y un servidor planeamos la estrategia a seguir:

—¿Lo madreo de entrada, jefe?

—No, espérate a que lo interroguemos.

—Pero, ¿luego lo madreo en la Procu?

—Sí, allá sí.

Con tan pertinente plan de acción, descendimos del auto y tocamos a la puerta con los nudillos. No había timbre, lo que delataba la escasa superficie construida de la vivienda.

Nos abrió una mujer de no más de cuarenta años, altiva y muy estirada. Me pareció conocida de repente, pero eso suele ocurrir en esta actividad: uno se forma una imagen del posible criminal y al topárselo, uno la hace coincidir. La mujer adelantó la barba partida y arqueando la ceja derecha nos interrogó:

—¿Qué desean?

Charolazo al calce, simultáneo. Esto lo hemos ensayado muchas veces. Y ya nos sale rete bien. Crea una fuerte impresión.

—Policía Judicial. Queremos hablar con el señor Reséndiz... y con usted.

La mujer nos observó con abierto desprecio, de arriba a abajo. Y luego apeló a sus recursos cinematográficos:

—¿Tienen orden de cateo?

—A la que vamos a catear es a usted si no va inmediatamente por su marido.! ¿Qué no sabe en qué país está? — es por demás. Ya me está hartando esa cantinela. Deberían prohibir la renta de videos policiacos gringos. Hay algunos que hasta quieren que les leamos sus derechos en plena calentadita. Desdichas del TLC... y, como tantas otras, de Televisa y sus filiales.

La señora me vio decidido a cumplir la amenaza y muy felinamente nos dio la espalda, dejando la puerta abierta. Lo cual tomamos como invitación a entrar, y así lo hicimos. Sin muchos miramientos nos sentamos

en una salita de estar que daba a la calle. Siguiendo su inveterada costumbre, El Sapo subió las patas a la mesita de centro. Yo examiné las fotografías que decoraban las paredes. En ellas se repetían de manera casi continua los mismos rostros: un hombre, una mujer, los dos en pareja... al parecer no habían procreado hijos. Y, de manera evidente, la ñora se había dado su restirada: en algunas fotos parecía notablemente más vieja de como la habíamos visto. Y no había confusión posible: el aire soberbio estaba ahí. Aunque la cirugía plástica se lo había acentuado.

En el interior de la vivienda se oían algunas voces. De repente eran exaltadas. De pronto se tornaban murmullos. Era notorio que los habíamos agarrado desprevenidos. Por aquello de que no se pusieran de acuerdo, grité:

—¡Bueno, ya estuvo! ¿Vienen o qué?

A los cinco segundos vimos aparecer de más allá del corredor a un hombre de andar entre cansado y contoneante, de unos cuarenta, que nos miraba aprehensivamente desde atrás de unas larguísimas pestañas. Con voz entre tipluda y ronca (si ello es posible) nos dijo:

—Gracias por esperar — y se sentó en una poltrona medio cateadona enfrente de mí. El Sapo no bajó las patotas de la mesa ni cuando la señora lo fulminó con la mirada al posicionarse junto a su marido.

—Primero lo primero, señor Reséndiz. ¿Su mujer se llama...?

—María Elena... — se adelantó ella, evidenciando que era su costumbre responder siempre por su marido. Me dio un íntimo escalofrío. ¿Por qué todas las fieras se tienen que llamar así? Hasta El Sapo tragó saliva—. María Elena Ramos de Reséndiz. Y no nos gusta nada

que nos vengan a interrumpir de esta manera en nuestro hogar.

Le eché un nuevo vistazo a las paredes del hogar, y decidí que no había mucho de qué quejarse por llegar de tan intempestiva manera: no discordábamos mucho con la decoración. Bueno, El Sapo sí. Él no queda más que en un ambiente pantanesco.

—La cuestión, señor Reséndiz, es que deseamos saber por qué razón compró usted un hacha en Sam´s hará... tres semanas.

Si digo que el tipo se puso blanco, es no decir nada: el tono pálido le fue subiendo perceptiblemente. En dos segundos parecía hoja de papel bond. La señora trató de intervenir, amenazando con ponerse de pie, pero él se lo impidió:

—¡Querida, ah, a-ha! — y la tomó de un brazo—. No hagas nada estúpido.

—¿Por qué le preocupa esa compra, María Elena?

—dije, para darme el gusto de hablarle feo a alguien con ese nombre—. ¿Será porque sabe que el hacha fue usada para tres crímenes... perversos?

La oportuna intervención del Sapo impidió que las uñas de tres pulgadas de la señora Reséndiz me sacaran los ojos como aceitunas de martini. Pese a su muy cómoda posición, pudo enviar una patada voladora que atrapó a la dama a mitad del ataque y en medio de la cadera. Se desplomó sobre una repisa, haciendo añicos varios perritos de porcelana de los que se gana uno en los aros de la feria: nada que luego extrañara el mundo del arte.

—Y si se vuelve a levantar, le meto un plomazo entre ceja y ceja... por mucho que las mueva –amenazó. El Sapo, sacando su matona del .45. La señora, asesinándolo de mil y una manera distintas con la mirada, se sentó en

el suelo, en el sitio donde había ido a dar, sólo quitando algunos pedazos de figurita para no cortarse. Para entonces, su marido estaba sollozando audiblemente, con las manos cubriéndole la cara.

—Ya sabia yo. Ya sabía yo que esto iba a terminar mal. ¡La vanidad, la vanidad es un pecado mortal! —dijo entre sollozos e hipos.

—Más pecado es el asesinato —dije yo, teólogo amateur—. ¿Por qué mataron a esas pobres mujeres?

—¡Cállate! —dijo la ñora desde el suelo—. No tienes por qué responderles nada. Mentales la madre, que también les duele.

El cachazo que le cerrajó El Sapo hizo que cualquier nueva palabra que articulara le resultaría... digamos... dolorosa. Con eso se quedó en paz el resto del interrogatorio.

—Fue por culpa de esa vieja bruja que llegó aquí hace dos meses —dijo Reséndiz, como buscando el recuerdo en el lejano pasado.

—¿Bruja? ¿Qué bruja?

—Una mujer que llegó aquí tocando a la puerta. Parecía una de tantas vendedoras ambulantes, de las de Avón y esas mugres —hizo una pausa para sollozar otro rato. Por simple experiencia, uno ya sabe cuánto dura cada interrupción de ésas. Luego del tiempo estipulado, volví a las andadas:

—¿ Y ?

—Y mi mujer la invitó a pasar, porque le interesó mucho lo que ofrecía...

—¿Queera...?

—Cremas rejuvenecedoras.

—¿Cremas rejuvenecedoras?

—Sí. La bruja ésta dijo que era de Oaxaca, pero que

ya le andaba por regresarse a su tierra, que el hijo se le había ido de bracero o no sé qué, y tenía que volverse. Que por eso le iba a vender a María Elena unas cremas maravillosas a precio bajísimo. Y María Elena, que siempre ha sido muy vanidosa... y pues ya se le iban notando las arrugas —aquí, la mirada que le dirigió la consorte fue más mortífera que las que le había echado al Sapo—, decidió probar suerte.

— ¿Y compró las cremas?

—Sí. Pero además, la mujer ésta le dijo que estaba en promoción, o algo así, y que, aparte de rejuvenecerla, ella podía hacer que el cambio fuera también... ¿cómo le diré...? en cierto sentido, por cierto rumbo. Y mi mujer, que siempre ha sido muy patriota, le pidió que las cremas la convirtieran en... la esencia de la mexicanidad.

Casi me caigo del sillón.

—¿En quééé?

Reséndiz le dirigió una mirada de borrego en precipicio a su cónyuge y continuó, en tono de disculpa:

—Usted debe entender. Crecimos viendo películas de mariachis y rancheros y Pepe el Toro. Para mi mujer, eso es lo máximo. Ella quería ser una imagen de lo mexicano... y joven.

—Paradigma de la mexicanidad —reflexioné.

¿Qué podría ser eso? ¿Quetzalcóatl fallando un penalty?—, vaya pues... ¿y qué pasó?

—Pues la bruja ésta le hizo unos pases mágicos a las cremas... eran como tres frascos... y le dijo a María Elena cómo ponérselas, y cada cuando y todo. Y se fue.

—¿Cuánto le pagaron? —todos los detalles empezaban a fascinarme. ¡Hasta dónde habíamos llegado! ¡Y luego se quejan de aculturamiento!

—María Elena nunca me lo ha dicho —y volteó

de nuevo con su fiera, como excusándose por la indiscreción—. Me dijo que era muy su dinero, y ya. Y como ella maneja la cuenta maestra...

No podía dejar de sentir lástima del pobre diablo. Pero marido postmoderno sometido y lo que fuera, había asesinado a tres mujeres. Y yo todavía no sabía bien a bien por qué.

—¿Pero algo fue mal? ¿Algo con las cremas?

—No, todo salió muy bien. Poco a poco, mi mujer empezó a verse más joven. Las arrugas se le fueron borrando. Lo poco que le colgaba de papada se le fue echando para arriba. Y cada vez se fue pareciendo más y más a María Félix —El Sapo y yo volteamos a ver a la mujer que seguía en el piso echando humo por las orejas. Ella sólo nos fulminó con los ojos, acentuando el efecto expansivo con un enarcamiento de la ceja derecha. ¡Sí, era cierto! Por algo me había parecido conocida.

—La esencia de la mexicanidad, ¿eh? –rumié en público y privado—. ¿Y qué? ¿No era lo que esperaba?

—No, sí... lo que pasa... —y aquí Reséndiz se desplomó al suelo de hinojos, uniendo las manos, suplicando; ella nada más alzaba la ceja y le escupía con su gélida mirada—. ¡Perdóname, Elenita! ¡Nunca me voy a cansar de pedirte perdón!

El Sapo lo tomó del cuello (del suyo, no el de la camisa) y lo devolvió a la poltrona. Luego de una nueva tocata y fuga de hipos, continuó:

—Lo que pasa es que me puse celoso: ella cada vez más guapa, y yo... pues... seguía siendo el mismo, en el mismo lugar, y con la misma gente. Como me dijo de qué se trataba desde el principio, pude darme cuenta de por dónde iba la cosa. Y también, que al rato María Elena me iba a dejar por otro... mientras yo siguiera siendo una carcacha. Por eso... decidí robarle las cremas.

—¿Que hizo qué cosa? —ahora fue El Sapo el sorprendido. Al parecer pensó lo mismo que yo: que primero le picaríamos el culo al Negro Durazo que robarle nada a aquella mujer.

—Descubrí dónde las escondía, y me fui poniendo las cremas a la sorda. Rellenaba los botes con crema Pond´s para que no se diera cuenta. Pero al rato fue fácil notar lo que estaba pasando: ella no se transformaba más en María Félix, y yo... bueno, ya lo pueden ver... me iba haciendo cada vez más Juan Gabriel.

¡Claro! La mexicanidad en su máximo esplendor: la pareja de La Doña y El Juanga. Aunque un poco truncos.

—Pero se acabaron las cremas antes de tiempo...—insinué.

—Sí. Estaban preparadas para una sola persona, no para dos. María Elena se enfureció cuando descubrió la verdad: que iba a quedarse a medias. Y además, a mí no me gustaba nada lo que me había pasado. Digo, no era en lo que había pensado...

—Y se lanzaron a buscar a la bruja que les había vendido los potingues. Y no la hallaron.

—No, desde cuándo que el pájaro había volado. La buscamos por todas partes. Le preguntamos a cuanta bruja y curandera de la que supimos. Y nada.

—Hasta que fueron con doña Cleofas...

—¿Doña Cleofas? —Reséndiz puso cara de interrogación.

—La de Lerdo.

—Ah, sí. Ésa fue la que nos dijo qué hacer.

—¿Creyeron que les estaba diciendo que mataran a otras curanderas? ¿Y que las pusieran a hervir?

—Eso nos dijo. Garito —dijo Reséndiz con plena convicción—. Ella fue la de la idea —y luego puso cara de satisfacción—. ¿Y sabe qué? ¡Funcionó! Después de la

primera, mi mujer empezó a parecerse a Gloria Trevi. Y yo, a Jorge Negrete.

¿Qué me quedaba sino menear la cabeza? Sin embargo, aún quedaban algunos cabos sueltos:

—¿Y por qué ésas precisamente, y no otras? ¿Por qué esa selección?

—Es que... ésas eran las que le habían caído más gordas a María Elena —de nuevo la mirada borreguil a su mujer—. Creo que, además, eran las que nos habían cobrado más cara la consulta... y ni nos habían ayudado. Creo que por eso pidió ser la que les diera el tubazo en la cabeza... Nunca le pregunté. Ella me decía cuál tocaba, y ya. Yo nada más le ayudaba a hacerlas cachitos.

—¿Y comprar el hacha con tarjeta no le parece un tanto idiota?

—Momento. Sin insultos. En primer lugar, cuando la compré yo no sabía para qué la quería. Y nunca le dije cómo la había pagado... si se entera, al que me hace retazos es a mí. Además, el plan era siempre llevárnosla metida en la maleta.

—¿Y por qué ahora la dejaron detrás de la estufa?

—Es que... la maleta que siempre usábamos... se desguangó en un viaje que María Elena hizo a Laredo la otra semana. Se rompió toda de tanta fayuca como traía. Así que con la última, llevamos el hacha y la ropa en un atado... Y pues ni modo de salir con el hacha envuelta en una sábana, toda chorreando... y ni modo de lavarla ahí. Además, todo aquello me daba tal horroooor —se llevó la mano a la boca de una manera que hubiera envidiado Audrey Hepburn—, que yo ni pensaba bien lo que estaba haciendo. Por eso nada más puse el hacha donde no se viera.

—Pennddejho —balbuceó la señora tras la hinchazón

de labio y mandíbula.

—Lo bueno es que seguimos juntos... y cada vez mejor. ¡Con otras tres curanderas hubiéramos quedado de lujo! —concluyó Reséndiz, entre eufórico y decepcionado.

—No creo que los dejen estar juntos en donde van a ir a dar. Sapo, ¡que nos manden una patrulla!

3

Reséndiz fue sentenciado a veintiocho años de cárcel; María Elena (por desgracia, esa María Elena), a veinticinco. Por qué, no me lo pregunten. Son cosas de abogados y de la ley, con la que, por fortuna, aquí en la Judicial tenemos muy poco qué ver. Así terminó uno de los casos más extraordinarios de mi carrera. El psicólogo del CERESO me explicó que las transformaciones para un lado y para el otro de los Reséndiz no eran sino una manifestación psicosomática de sus deseos más profundos. Que esas cosas suelen ocurrir. Que la gente se sugestiona de manera tan completa, que empieza a actuar, y hasta a hacer gestos, como quien desea ser. Como el psicólogo es pasante, y de la Universidad Autónoma de Coahuila para colmo, no le creo un pito. Para mí que todo fue cuestión de brujería. Si se puede creer en el 50% del PRI el 21 de agosto, o que Aburto es Aburto, se puede creer cualquier cosa en este país.

Por ello, he boletinado a la bruja oaxaqueña a todo el país. A María Elena (la mía) le encantan los potingues. Y a Elodia también. No creo que no haya nada que un puñado de dólares no pueda arreglar.

Indice

Gótico finianual 7
Gótico parrense 19
Gótico lagunero 37

es un proyecto editorial gratuito, dedicado al estudio, la difusión y la recuperación de las literaturas de género mexicanas. Forma parte integral del proyecto Jornadas de detectives y astronautas, originalmente fundado por Francisco Calleja Bernal y Joserra Ortiz, y dirigido por este último desde 2003.

Comunicación y contacto: detective.astronauta@gmail.com

Síguenos en twitter: @detecronauta